

DESDE LAS SOMBRAS



ALICIA PERESSUTTI

BASADA
EN UNA
HISTORIA
REAL

Desde las Sombras

Alicia Peressutti

Este título fue reeditado por la Honorable Cámara de Senadores de la Nación y distribuido entre Organizaciones territoriales la Provincia de Buenos Aires y Establecimientos Educativos del Conurbano Bonaerense.

Se autoriza el uso parcial o total de la presente obra siempre que se mencione el título del libro y el nombre de la autora.

Desde las Sombras

(c) Edición Enero 2010 / Alicia Peressutti

Corrección: Michelle Sommerville

Diseño de tapa: Fotomontaje José Omar Picatto

ISBN: 978-987-05-8149-9

Hecho depósito que prevé la ley 11,723

Impresión / EdicionesCC, Villa Nueva (Cba.)

IMPRESO EN ARGENTINA

Peressutti, Alicia

Desde las sombras. - 1a ed. - Córdoba : el autor, 2010.

80 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-05-8149-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

NOTA: Los nombres de los personajes de esta novela fueron cambiados para proteger su identidad.

En memoria de mi Padre y
de mi Abuela por sus enseñanzas
Dedicada a:
Las Hermanas Adoratrices.
Las Hermanas Oblatas.
A todas las personas que trabajan
por un mundo más justo,
más inclusivo, más sensible.
Mi agradecimiento a:
Omar, mi compañero de caminos...
A mis hijos Gino, Bruno, Piero y Yaco.
A María y Mamá.

La historia es real – Los personajes son ficticios

Me quedé contemplándola en el más absoluto silencio. Ella, a manera de ritual, hundía los dedos en el bollo de la masa.

Me quería invitar con unas masitas de anís, cuya receta había aprendido en los talleres de cocina y repostería. Estaba tan concentrada en la tarea que de a ratos olvidaba mi presencia; cuando se percataba de las circunstancias se excusaba con una sonrisa.

Debía tener en las espaldas cuarenta y tantos, pero parecía de sesenta. Los sufrimientos le habían agotado la hermosura y el pelo renegrido había perdido el lustre. La luz de sus ojos hacía rato que se había apagado y los abría como si no tuviera párpados. En otros tiempos debió ser una morocha brava, pero ahora su alma yacía agrietada como las paredes que nos rodeaban.

Me alcanzó una yerbera de aluminio y una pava abollada que humeaba por la boca. Me puse a preparar el mate, a prepararlo despacio, sin saber que decir, con la garganta seca de dudas.

—Hasta que no la vi tuve mis dudas...

—¡No fue fácil, Elena! ¡Pero acá estoy!

—Tantos años sin vernos y nos tenemos que encontrar por estas circunstancias...

Las últimas palabras me estrujaron el espíritu. Intenté esbozarle una sonrisa para responderle, aunque mal no fuese con un gesto, encima de la vejez de los recuerdos, encima de la melancolía de los años que pasaron.

Siguió hablando:

—¿Le dio miedo bajarse del taxi?

—Cuando no te vi parada en la entrada, empecé a rezar.. cuatro oraciones juntas.

Por unos instantes se rió.

—Calculé mal el tiempo que demoraría de la Terminal hasta acá.

—Igual sólo esperé cinco minutos... pero fueron eternos.

Rió de nuevo.

—*Nunca caminé las diez cuadras sola.*

—*Quedate tranquila que no se me ocurriría.*

Empezó a estirar la mezcla con un palo de amasar un poco raro, cada cinco centímetros tenía unas hendiduras que le dejaban a la masa un aspecto simpático.

—*Me lo regalaron las Hermanas en los talleres.*

Contestó antes que preguntara, después enmudeció por un cierto lapso de tiempo.

—*¡Mañana vamos a visitarlo! Tengo el papel con el permiso!* —pronunció entibiando el aire, clavando sus ojos en los míos hasta que asentí con la cabeza—.

Siguió concentrada en la masa. Aproveché su indiferencia para tender la vista hacia las paredes desnudas, mostrando sus carnes de ladrillos de todo tipo y colores: los que encontraron para levantarlas. Las mesas y las sillas las había recogido del basurero de un barrio café; en cambio la cocina a medio destartalar resultó ser un obsequio del cura de la Villa.

Todo estaba viejo y gastado como ella.

Después de las masitas y los mates nos fuimos a acostar.

La cocina estaba separada de la habitación por una frazada a medio colgar, con unos cuantos huecos, denotando el banquete de las polillas. Dos viejos catres de lona completaban la escena; de inmediato me pidió que eligiera uno. Después de acomodarnos nos quedamos horas homenajando a las nostalgias, reviviendo recuerdos de horas compartidas, del tiempo que fue. A pesar del cansancio del viaje eterno, dormí de a pedazos, contando cardos hasta la madrugada.

Al amanecer, partimos demasiado apuradas. A pesar de que teníamos que estar a las diez en punto, el lugar quedaba a dos horas taxi, con el agravante que la posibilidad de conseguir uno se reducía a caminar primero once cuadras. Los taxistas no entraban al corazón de la Villa.

A medida que nos íbamos acercando a nuestro destino, los latidos de mi pecho eran inocultables. Llegamos y nos bajamos en silencio, omitiendo saludar al chofer que nos

abandonaba a nuestra suerte. Por unos instantes contemplamos el edificio que teníamos enfrente. Parecía extraído de una película de terror: los muros hasta las nubes se alzaban grises y descascarados, chorreando musgos verdinegros, las pocas ventanas apretujadas en los huecos de las paredes estaban semidestruidas. El panorama no podía ser más desalentador; si existían los sitios embrujados, el edificio lo estaba.

Nos atendieron en la entrada, con escasez de palabras y sin aparente interés. De inmediato un guardia nos ordenó que lo siguiéramos en silencio; ella me llevaba casi a empujones, tal vez por miedo a que el arrepentimiento me convenciera de desertar.

Pasamos dos puertas. Antes de llegar a la tercera se nos apareció de la nada una mujer auxiliar de los guardias. Sin rodeos nos explicó que tenía que revisarnos, así lo dictaminaba el procedimiento. Elena se puso incómoda, no quería que me sometieran a requisas innecesarias, pero la ley es la ley y lo mejor era ganar tiempo. Nos hizo desnudar y después colocarnos de cuclillas; para finalizar nos pidió que con nuestras manos nos abriésemos las zonas de los genitales.

Nos trataron con cierto respeto, pero la incomodidad perforaba hasta los huesos. Después de revisarnos nos dejaron unos minutos a solas, los cuales aproveché para romper el silencio que asfixiaba.

—Decime que te acostumbrás a esto.

—Jamás, pero son las reglas. Lo hacen para evitar que ingresemos droga.

—Pero la droga...

—¡Entra igual! ¡Todo el tiempo! Muchas mujeres se introducen bolsitas en los genitales con pastillas o polvo, lo hacen bien para que no se les caiga. Me olvidaba de los “travestis”, son los que ingresan hasta ciento veinte gramos por pasada.

Nunca pedí más detalles, primero, para no embadurnarme con el excremento del morbo y segundo, porque en cualquier momento iban a volver los guardias. Igual Elena siguió con el tema.

— Te sacan la bolsita cuando estás en la celda, tienen que apurarse porque es muy molesto. ¡Si se rompe te da una sobredosis que no te salva ni Dios!

—¿Conocés algún caso?

—Sí, hace dos meses falleció Melina, un travesti conocido...

—¿Y si te descubren? Supongo que te abren un expediente.

—Directamente no podés entrar más.

—Elena, éste es otro mundo...

—Ni lo dude.

Mientras nos acompañaban hasta el lugar preparado para la visita, una sensación de desolación me inundó los adentros.

Una puerta, otra puerta y otra más. Dios mío, ¡qué solos están los presos!

Nos sentamos a esperar, los segundos se hicieron horas y los minutos días. Cuando entró acompañado por el guardia de su pabellón, un temblor ligero me sacudió las rodillas.

Increíblemente parecido a su madre: el mismo pelo renegrido cayendo en ondas; los mismos ojos oscuros y profundos, con un brillo exagerado como de fiera enjaulada. Los labios leporinos acentuaban su aspecto de bravura.

Prolijo, impecablemente vestido con una camisa y un pantalón gris plomo, no debía tener más de veinticuatro años.

Demasiado joven para haber vivido tanto.

Todo el tiempo me medía con la mirada. Su madre intentó romper el hielo:

—¡Pablo, hijo!... Esta señora es la amiga de la cual te hablé.

Él seguía sin emitir sonido alguno, desafiándome con sus ojos de fuego. Intenté presentarme.

Sin logros aparentes, enmudecí, esperando una oportunidad. Elena siguió perseverando:

—Pablo, me está ayudando a gestionar el traslado. Queremos llevarte más cerca de casa.

Entonces, sin dejar de mirarme, rompió el mutismo absoluto para sentenciar:

—Esté donde esté, voy a estar lejos.

—¡Pero hijo! Solamente queremos que estés mejor..

Con una voz de ultratumba, me aclaró:

—*Sabe que... mamá no entiende que estamos solos, que no le importamos a nadie.*

Despacio, haciendo una pausa entre frase y frase, comencé a explicarle la razón de mi viaje. De vez en cuando me detenía esperando alguna reacción de su parte, pero su rostro parecía tallado en cera, vacío de emociones. Se me estaban agotando los recursos, cuando volvió a interpelarme:

—*¡Señora! Alguien como usted no se conmueve por una porquería como yo. Dígame, ¿qué quiere?*

Entonces le contesté con las palabras que sintetizaban todo:

—*¡La verdad, Pablo! Necesito aunque sea una verdad a medias para poder ayudarte.*

Parecía que sus ojos sin párpados iban a salirse de sus órbitas, clavándose a martillazos en los míos; no los desviaba ni por un instante. Sin ceder volvió a la carga:

—*¿Qué diferencia hay si le cuento lo que pasó en realidad? Nada ni nadie va a cambiar mi condena.*

—*Vamos a ayudarte de todas maneras, pero necesitamos saber..*

—*Si soy culpable. Seguramente se va por donde vino y duerme tranquila.*

—*Nunca voy a dormir tranquila trabajando en lo que trabajo...*

—*Pero le jodería menos.*

Me acerqué lo más que pude y junté todos los indicios de coraje para decir:

—*¡No voy a ningún lado! Pero necesito saber la verdad, no importa cuál sea.*

Quedaban pocas posibilidades. Elena estaba vencida, hundida en la silla, con las mejillas húmedas y la desesperación dibujada en la cara. Sólo me quedaba barajar la idea de prepararme el bolsito y regresar por donde había venido.

Entonces una frase dio un vuelco a los aconteceres:

—*¡Le cuento la verdad si mamá nos deja solos! Es la condición que pongo.*

Elena se levantó sin mirarme, con una sumisión heredada de siglos y, sin despedirse siquiera, le pidió al guardia que la acompañara a la salida.

Nos quedamos casi solos, con la presencia de un guardia a unos cuatro metros de distancia.

—¡Por favor no me interrumpa! Necesito que me escuche. Va a tener la suerte o la desgracia de ser la primera persona en conocer la verdad completa.

El pequeño juega con una cuchara torcida y un par de latitas de atún medio oxidadas. Con sus tres añitos imagina que las tortitas de barro servirán para espantarle el hambre que le silba en la panza. Su madre hace dos días que no da señales de vida y a la viejita que lo cuida le está escaseando hasta el pan duro. El último saquito de mate cocido lo comparten en el almuerzo, acompañado por un par de galletas rancias que, a manera de caridad, les había acercado una señora bien enfundada a bordo de una cuatro por cuatro. Ni se había molestado en bajarse, tal vez por temor a que la miseria contagie.

La viejita elige la taza del pequeño para dejar caer dos cucharadas de azúcar, ella se toma el mate cocido amargo, tan amargo como sus penas. La pobre mujer se queda mirando el trozo de pan duro, rezando para que ocurra el milagro de la multiplicación, así alcanza para los dos. Otra vez el niño se lleva el premio comiéndose el trozo completo, remojado en medio vaso de leche, que había guardado en la heladera de una vecina para una urgencia.

Después la anciana lo tiende sobre un catre destartado y lo arropa con unas frazadas agujereadas —con más agujeros que lana— y le alcanza la estampita del Divino Niño para que la bese. Afuera la noche sin luna es húmeda y cuando el pequeño, a dúo con la anciana, balbucea: “Padre nuestro, que estás en los cielos”, la lluvia enmudece para escucharlo, los sapos callan y el perro sarnoso que duerme en la puerta detiene la rutina de rascarse.

Al día siguiente, madrugándole a la madrugada, aparece la madre. Tambaleándose, sin más pilchas que las puestas, con un taco menos y unas cuantas uñas quebradas. Casi no ha comido, se le nota el esqueleto bajo la piel y las bolsas debajo de los ojos. Abraza al pequeño apretándolo, queriéndolo fundir con su cuerpo, pegarlo a su alma gastada. De a ratos arma unas bromas bobas para disimular lo indisimulable, pero la vieja sabe por vieja no más, dándose cuenta que sus bolsillos están flacos como su cuerpo y que esta Navidad —como

tantas otras- va a ser triste. A Papá Noel se le va a extraviar la cartita que escribió para el pequeño, otra vez se va a quedar sin el camioncito y sin la pelota que tanto espera. La anciana se enjuga las lágrimas con el delantal: a Papá Noel siempre se le extravían las cartas de los niños pobres, los que más lo esperan; quizás por eso odia la Navidad, piensa que es para los ricos que tienen con qué festejar.

Las fiestas pasan de largo y la madre del niño tiene que volver a las arenas del miedo, a torearle a la vida para juntar unos pesos. Se calza una minifalda de vinilo y una remera de modal fucsia que le marca las líneas del cuerpo. Cuando se sienta en el catre para colocarse los zapatos fucsia, un dejo de preocupación le estira la cara: es el último par que le queda; con el niño a costas nunca alcanza a comprarse.

Antes de despedirse, se toma unos momentos para contemplar a la anciana; jamás se fatiga de admirarla, no hubiera podido sin ella, sin su dedicación a Pablo.

—Doña Inés, esta vez me voy por veinte días: encontré una casa en Buenos Aires que me aceptan cincuenta y cincuenta.

—¡Elena, sabés que te quiero como a la hija que no tengo y a Pablo como a un nieto! Pero me queda poco hilo en el carretel ¡San Pedro me está por picar el boleto!

—¡No diga eso, Doña!

—Es la verdad, niña. No puedo dormir pensando quién te va a cuidar al niño.

—Como usted dice: Dios aprieta pero no ahorca.

—Dios hace lo que puede con tanto maldito suelto.

Los ojos desafiantes de antes cobraron la sumisión de los corderos y hablar de la viejita le empañó la mirada. Me tuve que afirmar a la silla, mordiéndome los labios para no romper a llorar. Verlo tan triste me caló el alma y por unos instantes no supe como seguir. Pablo presintió mis dudas porque de pronto enunció:

—¡Usted no tiene idea de cuánto la quería! Ella lo era todo para mí.

Se hizo un silencio que dolía; los dos esperábamos que él continuara.

Alcé la vista hacia los alrededores y me tuve que defender de la imaginación que se suelta en lugares como aquel. Las paredes grises, con el cutis áspero, desnudas de objetos que podrían infundirle vida, sólo una mancha de humedad en un ángulo dibujando un fantasma indescifrable. Completaba la escena el guardia apostado en la puerta, erguido hasta las nubes, de piel oscura ajustada sobre huesos finos, cara de pocos amigos.

El guardia nos veía de reajo, duros de coraje los ojos, con el uniforme de la cárcel vistiéndolo a él, conteniéndolo en su camisa celeste y en el pantalón azul marino impecablemente planchado. Me quedé con su imagen unos segundos, preguntándome si alguna vez se detuvo a pensar que en las horas de su turno estaba tan encarcelado como el resto. No podía moverse, hacer gestos, asustarse o salir huyendo: sólo era un engranaje más de la maquinaria del sistema, necesario y prescindible a la vez, igual que los condenados. Sin infractores, su trabajo no tendría razón de ser; el sueño utópico de las cárceles vacías dejaría a un sinnúmero de desocupados.

Pero no debía preocuparse, el mundo oculto de los edificios carcelarios siempre iba a existir para encerrar a los delincuentes pobres o a los que estaban en el lugar equivocado.

Un aire frío me acarició la médula; me salvó de mis pensamientos la voz trémula de Pablo:

—La vieja Inés me hubiera hecho falta unos años más. Plantó un cigarrillo en sus labios y aplastó el paquete vacío, mirando al guardia para, con un gesto, pedirle permiso y fuego a la vez.

—¡Sabe, Doña! ¡La felicidad debería envasarse en frasquitos de dulce, para tenerla siempre a mano... entonces yo no estaría acá!

No encontré palabras para pronunciar. Una angustia espantosa comenzaba a subir en su pecho, en golpes cortos, y un temblor apenas perceptible agitó los dedos de su mano derecha. Tal vez el humo del cigarrillo ayudaba a llenar un poco el vacío atroz del silencio que se adueñó de la sala.

Me quedé quieta, inmóvil, sin saber qué hacer o decir ante una realidad tan atroz, la cual en los últimos treinta minutos se había sentado a nuestra mesa, ocupando la silla que dejó Elena. No importa el ángulo desde el cual lo analizara, sólo era un muchacho, abandonado por la vida a su suerte, que debía recurrir a una extraña para contar su historia. Sólo era un

muchacho que escondía sus miedos en las costras de la indiferencia, a manera de salvaguardarse.

Sin necesidad de avisos, continuó con el relato, obligándome con un gesto a concentrarme en sus palabras.

A pesar de las advertencias de doña Inés, Elena se marchó igual buscando las esquinas donde la noche era más fuerte.

Ágil, delgada, a paso veloz, envuelta en un aire de misterios, con su último par de zapatos, de un tinte fucsia, apenas rozaban las baldosas de las veredas, intentando pasar desapercibida.

Un automóvil negro le dio alcance a las pocas cuadras. No tenía escapatoria, parecía que tampoco la buscaba.

Ella subió con una sonrisa sin terminar, reconociendo la identidad del ocupante, el hombre que la llevaría lejos en busca de mejores oportunidades. La escasez de trabajo la estaba obligando a rotar el cuerpo de zona.

Inmóvil, sentada en el auto, sentía las piernas engrilladas por la indiferencia. El hombre, pintando canas, de unos cincuenta y tantos, acariciaba el volante como si tuviera piel y vida. Nacido para convencer, su sola presencia exudaba un olor agradable. De aspecto prolijo, estaba impecablemente vestido con una camisa gris plata y un pantalón negro, completando la escena con un maletín en el asiento trasero, que debía contribuir a su imagen despreocupada de ejecutivo.

—*¡Qué linda estás! ¡Te mantenés bien morocha!*

—*No creas, Juan, se me está notando el cansancio y la falta de vianda.*

—*¡Cheee! ¿Por qué no llamaste?... Si sabés que uno siempre está dispuesto a dar una mano.*

—*Pasa que Pablito es muy chico y no lo quería dejar tantos días.*

—*Pero... ¿no tenés una vieja que te lo cuida?*

—*Doña Inés está enferma, tiene como ochenta. Me da miedo seguir dejándolo solo con ella.*

—*¡Pasa que no tenés otra! Si no juntás unos mangos se mueren todos de hambre.*

Lo dijo con una mueca sarcástica, desconociendo todo tipo de piedades; por el contrario, él vivía de los apremios de mujeres indefensas. En sus adentros agradecía que Elena tuviera un hijo, así le rendía el doble, fustigada por las urgencias de alimentarlo.

Las horas mueren lentas después de la partida de Elena. La vieja y el niño descansan en el patio, el calor agobiante incendia hasta las ideas y la pobre mujer se hace viento con un pedazo de cartón amarillento. El niño juega con un vaso y una palangana; pareciera que no se percata de la ausencia, quizás porque se le han hecho carne las partidas. El agua de la palangana espeja su figura flaca; piel y huesos se confunden debajo del pantalón cortito. Se agacha para atrapar al agua y se le pueden contar una a una las costillas, arquea su espalda y deja al desnudo la hilera de vértebras.

La vieja vive para adorarlo aunque no es su nieto. La vieja estira la vida para cuidarlo, tironea del hilo a más no poder para no dejarlo a la buena de Dios y a los esfuerzos de su madre. Contempla durante unos minutos sus piecitos marrones, sucios de barro, y una sonrisa arrugada le enciende el rostro cubierto de pliegues. “Ay, Dios... ay, Dios...”, gime para sí. “Sólo te pido unos años más”. No es que le temiera a la muerte, mas bien temía por el pequeño. Desde hacía un tiempo sentía que la muerte había entrado a su cuerpo y cualquier movimiento brusco podía despertarla. Vivía rezando para que la vida le alcanzara.

—Pablito, ¿quierés tomar una taza de leche? Tengo unos bizcochos para vos.

El nene la mira desde la ingenuidad de su alma limpia y en segundos está prendido como una garrapata a su pollera desteñida de soles y aguaceros. Intenta levantarlo, pero sus rodillas reducidas por la osteoporosis se niegan a sostener el peso extra. Sus dedos torcidos comienzan a acariciar la mata de cabellos renegridos y lustrosos por unos instantes, que para el pequeño podrían transformarse en eternos.

Se humedecieron sus ojos sin párpados y una congoja sorda le calló la garganta. No pudo reanudar el relato.

—¡La vieja me quería! Me adoraba... ¡Menos mal que está del otro lado y no tiene que ver cómo he terminado!

— Te seguiría queriendo igual...

—Pero se moriría del disgusto. Aunque por ahí me pongo a pensar que si hubiera durado un poco más, yo no estaría acá.

Nos interrumpió el guardia que, a manera de autómatas, nos informó de lo inevitable: nuestro horario de visita había concluido.

Antes de levantarme, sentí para mis adentros que la coraza se estaba ablandando.

—*Mañana vuelvo, Pablo... ¿necesitás algo?*

—*Me gustan los chocolates con almendras.*

Giró sobre sí mismo y se fue, levantando la mano como única despedida.

Sola en la sala, las paredes me parecieron más grises, como si las almas de todos los condenados que pasaron por ahí hubieran quedado atrapadas en sus carnes de cemento.

Apuré el trámite de irme, reviviendo con cada puerta que se cerraba tras de mí. Afuera el sol me pareció el doble de grande y el cielo más celeste que nunca. Me senté en una verja para tomarme unos minutos. Revolví desesperada la cartera buscando un caramelo y encontré uno medio aplastado que me supo riquísimo. Nunca fumé, pero en esos momentos me hubiera fumado un cigarrillo con ganas.

Dios mío, ¡qué solos se quedan los presos!

Me lo imaginé en la celda, mirando la nada, el techo; de a ratos soñando con el afuera que nunca más caminará. Tal vez podría oír la risa de los niños entrando a cocochos del aire que se cuele por la ventana: la ventana sin vidrios y con unas rejas que cuadriculan el cielo. De vez en cuando una palomita debía juntar las migas que él le arrojaba. Solo en la celda, contando los latidos: mil, mil novecientos, cincuenta mil; intentando no doblarse al fantasma del silencio absoluto que espanta hasta los huesos. Perdido en el tiempo, en un tiempo que sobra, que no se gasta, donde las horas son el doble, el triple de largas. Las horas alcanzan para jugar con los remordimientos, para cargar con las culpas (al que esté dispuesto) para siempre. Lo imaginé abandonado a su celda, a su suerte.

El taxista me paseó un poco, aprovechando que desconocía el recorrido. Me bajé en la entrada de la Villa y esperé que una amiga de Elena me acompañara las diez cuadras. Era mi salvoconducto.

—No mire tanto, Doña, disimule lo más que pueda. ¡Usted es sapo de otro pozo!, sentenció la mujer.

Se me escapó la valentía por los talones y un airecito frío me estremeció la espalda. La primera vez entré a ciegas, sin pensarlo demasiado, pero ahora la realidad de la situación me estaba agujoneando las pantorrillas y cada paso me estaba pesando.

De reojo observé que algunas casas tenían construido a medias un segundo piso: una ampliación con paredes en carne viva, dejando al descubierto ladrillos de diferentes formas y colores. Sus habitantes debían saber de levantar viviendas porque no había indicios de derrumbe. La Villa se había tragado a muchos changarines y albañiles que, acorralados por una pobreza que no perdona, se resignaron a habitarla, aprendiendo sus códigos ocultos para poder sobrevivir.

Elena me estaba esperando con unos mates dulces como su voz y un gran pan de chicharrón. Se disculpó por la simpleza del almuerzo.

—¡Me extraña, Elena! Nos conocemos desde hace muchos años. Crecí en la pobreza.

—Pero igual me siento mal... vino de tan lejos.

—Mirá, Elena, si no le contás a nadie, te confieso un secreto.

Se acomodó para escucharme mejor.

—¡Nunca aprendí a cocinar! Soy la vergüenza de la familia. Todos, pero todos, cocinan bárbaro menos yo.

Comenzó a reír a carcajadas, feliz de encontrarme debilidades que acentuaran mi humanidad.

—¿Y los chicos, Doña?

—Se criaron igual. Ni cocinar, ni planchar. Pobre mi madre que no pudo conmigo.

Por unos instantes sus ojos sin párpados se empañaron de brillos y un asomo de alegrías le encendió el rostro gastado.

Afuera la tarde pareció copiar las nostalgias de Elena que se acomodó lo más cerca que pudo para enunciar:

—¿Le conté de Perú?

—Una vez me nombraste el poblado donde naciste, pero nada más.

—¿Usted conoce?

— Todavía no, tal vez algún día.

—Allá hay ricos, muy ricos y pobres, muy pobres.

—Igual que acá...

La pava chilló sobre el fuego, rompiendo el encanto. Antes de aliviarla del calor de las llamas, tomó una hebilla del centro de mesa y, con las dos manos, juntó las hebras de sus cabellos — en otro tiempo, lustrosos— y las enganchó en una gran cola. Recién entonces, acomodó su humanidad lo mejor que pudo para encargarse del quehacer de cebar mates.

Afuera, la tarde rabiosa olía a pólvora. Los restos de miles de petardos, cañitas y bombas de estruendo decoraban las calles poceadas y las veredas sin baldosas.

Observé a Elena en el contexto: con su hijo tras las rejas no tenía escapatoria, tampoco la buscaba; endurecida, con el alma hecha callos de tantos pesares, aceptaba el presente como anestesiada.

No se acobardaba ante la angustia, aunque el dolor la iba comiendo por dentro como un insecto voraz y sólo su dignidad la mantenía en pie como las estatuas de las plazas. De hierro, de bronce o de alabastro debía tener forrados los huesos la mujer que tenía enfrente, para seguir clavada a las maderas de la vida a pesar de tanta adversidad.

—Perú está tan lejos...

Calló y yo continué la frase en mis adentros: "... y yo estoy tan sola", sin atreverme a pronunciarla en voz alta.

—Los tiempos eran muy difíciles...

Comenzó el relato despacio, haciendo pausas al hablar, como intentando ordenar los recuerdos.

Creció en un pueblito a doscientos cincuenta kilómetros de Lima, que para los lugareños significaba al otro lado del mundo. Vivían de la crianza de cabras y ovejas que a veces

alcanzaba y a veces no; el fantasma de la pobreza moraba en la región desde siglos antes y la gente se acostumbró a no tener y a no pedir lo que no había.

En los setenta, una epidemia nueva, desconocida hasta entonces, azotó la aldea sin piedad. La encontró indefensa, incapaz de hacer frente a los latigazos mortales de "Sendero Luminoso" que, con sus grupos de choque, arrasaba hasta las margaritas del lugar.

Sendero se lo llevaba todo; para cuando los pobladores acuciaban la pérdida, los guerrilleros estaban lejos. Había cabras, perros o chicos para reclutar, el que se iba no regresaba; aunque los que quedaban se mentían a sí mismos con las esperanzas de un posible regreso. La situación era desesperante: el que sobrevivía en pie el paso de los senderistas, debía zafar del ejército encarnizado con estos últimos, que destruía todo aquello que pudiera abastecerlos.

Era un enemigo invisible, inalcanzable, que se perdía en la selva donde las guaridas eran imposibles de localizar.

Elena creció en un mundo envuelto en las sombras del terror, donde se vivía el día por si no existía el mañana, donde la muerte era moneda corriente y el dolor el pan de cada día. A los diecisiete se enamoró de Marcos, un pibe del pueblo con quien había compartido juegos desde siempre. Marcos, pelirrojo, con la cara a lunares y unos ojos de fuego que incineraban al mirar, alto y flaco, era una espiga en movimiento. Tenía la piel tan desteñida que se ampollaba al sol; todos decían que era nieto de Drácula: sólo podía habitar en las sombras.

Se amaron de golpe, descubriéndose hombre y mujer un día cualquiera. Sin preámbulos para besarse, dejaron que el sentimiento nuevo mantuviera a raya al perro de la desdicha que permanentemente les quería morder los talones.

Se amaron todo lo que pudieron en un mundo de armas y muerte. Tomados de la mano, dejaban morir las horas del crepúsculo, sentados bajo un viejo algarrobo, testigo absoluto del amor que se profesaban. Más tarde, la noche peruana venía veloz a buscarlos para cubrirlos con su manto de estrellas en flor. Alguna que otra noche, una luna cómplice permanecía en su escondite de nubes para no alumbrarlos; entonces, a oscuras, sus labios se enredaban una y otra vez en una lucha sin fin de besos y mordiscos.

La primera vez que se desnudaron lo hicieron sin consultas ni permisos, y cuando él, temblando, rozó con sus dedos los pechos embravecidos de ella, un escalofrío desconocido

los recorrió a los dos de punta a punta. Despacio, con la mayor suavidad que pudo, como con miedo a lastimarla, él la acomodó sobre un colchón de hierbas y yuyos, mientras ella se sacaba lo poco que le quedaba encima. Hambrientos de pasión y deseo se devoraron, bebidos en el olor de los cuerpos se amaron una y otra vez, todas las noches que se encontraron bajo la copa del algarrobo.

—*¡La felicidad es tan frágil, Doña, se rompe ante nada!*

Lo dijo con un énfasis que me caló hasta las arterias.

Se amaron todo lo que pudieron. Las horas se desvanecían en la inmensidad, mientras Marcos trenzaba, para después volver a soltar, los cabellos renegridos de Elena. Los encuentros perfumaban el aire con ese olor que despiden los amantes cuando funden sus cuerpos en uno. Las noches de amor se enervaban sobre la alfombra de gramillas, a la vera del arroyo, a los pies de viejo algarrobo. El algarrobo centenario, testigo invisible de su historia de amor.

Se adoraron todo lo que pudieron, temiendo que no durara, que no alcanzaran a tocarse lo suficiente, a descubrirse cada milímetro de cuerpo y alma.

En una noche de luna de abril, Marcos se presentó a la cita con un paquetito bajo el brazo; los ojos de Elena brillaban como el cristal, encendidos por las chispas de la curiosidad.

Él, haciéndose rogar, le exigió cien besos antes de revelar el misterioso contenido. Ella cumplió con el pedido; entonces, las cuatro manos juntas rompieron el envoltorio, dejando al descubierto una cajita de quince centímetros de diámetro. Una cajita de música, en cuyos adentros dormía la bailarina más pequeña y bella que Elena había visto jamás, la cual despertaba al compás de la melodía.

—*¡Aún la tengo guardada! Recién, después de muchos años, me enteré que el tema musical es un vals que se llama “Para Elisa”.*

El destino también baila y baila sin parar, con sus huesos bailoteantes, hasta que se detiene de golpe para cambiar de ritmo. Y el destino cambió un trece de abril, cuando el comandante Núñez, un jefe de sección de Sendero, pasó por el pueblo recolectando patriotas, cargándolos a los jeeps.

Cargándolos como a los cajones de frutas, sin preguntas ni respuestas; subiéndolos a punta de fusil, dejando claro con los gestos que cualquier acto de rebeldía sería castigado con un tiro en la nuca.

Se llevaron a los más jóvenes, enlutando a las callecitas de arena y polvo. Casi todas las casas quedaron huérfanas de juventud, envueltas en una tristeza sin fin. A cientos de kilómetros se podían escuchar los gritos desesperados de las madres y de las novias, viudas antes de casar.

Elena esperó a Marcos noche tras noche, con la cajita de música entibiándole la espera y las lágrimas humedeciéndole los volados del vestidito carmesí. La ausencia le fue gastando una a una las esperanzas, dejándole un sabor avinagrado en la boca y una palidez de espanto en las mejillas. Se sentaba horas, bajo la copa del algarrobo, sintiendo al perro de la desdicha lamerle las rodillas. Elena estaba sola, sola sin Marcos.

A la mañana siguiente llegamos temprano al penal. Un permiso con ciertos privilegios, gestionado durante meses, nos permitía concurrir a diario.

Seguimos el procedimiento del día anterior al pie de la letra, excepto en el momento de la requisita obligatoria donde una guarda cárcel, con unos cincuenta abriles en el uniforme, nos hizo señas como para que no nos detuviéramos. Nos ubicamos en la misma sala y unos diez minutos más tarde se presentó Pablo. Asomó a la puerta acompañado de un guardia, avanzando con los ojos en alto, con la coraza bien atornillada al tórax para no dejar escapar los sentimientos.

Esta vez nos saludó:

—*Señora... mamá..., volvemos a encontrarnos.*

Lo dijo con un dejo de sarcasmo que enturbiaba el aire de la habitación.

—*¡Pablito, viste que volvimos! Vos que no nos tenías fe.*

—*¡Mamá! Hace años que yo no espero nada, pero bueno...*

Me quedé inmóvil sin saber qué hacer o decir. Después de unos segundos, él decidió por todos:

—Mamá, por favor, necesito que nos dejes a solas.

—Pero hijo...

—Pero nada, mamá. Las cosas son así.

Elena se fue sin prisas, pero sin mirar atrás. Se fue sin fuerzas para discutir con la persona que más amaba: su hijo.

Caminaba con toda la resignación junta pesándole en la espalda y con un manto de tristeza acompañándola a todos lados.

—*¡Pablo, es tu madre!*

—*Mire, las cosas son así. Si le gusta bien, sino dejamos todo acá.*

—*Es que me duele verla irse así.*

—*¡Y usted piensa que a mí no! Por eso no puedo hablar delante de ella...*

Nos quedamos en silencio, un silencio tan gris como las paredes. De reojo lo vi, con su camisa y pantalones plomo, sus cabellos renegridos en ondas. A veces grande, a veces niño; con una eternidad en esa jaula, de la cual nunca escaparía.

No importaba cual fuese la verdad que me iba a contar, la sentencia era irrevocable y absoluta. Me quedé pensando en cómo nuestra existencia depende de un gran bolillero y de la bolilla que te toque en suerte.

—*¿Quiere que siga con el relato?*

—*Pablo, esa noche...*

—*No se apure, Doña, para poder entender la verdad tiene que escuchar el resto.*

La vieja se muere de golpe, sin avisos para despedirse. Se muere en una noche de tormentas, con el alma a los manotazos, intentando no irse para no abandonar al pequeño a merced de las circunstancias. El calor de sus afectos lo ha entibiado durante años, protegiéndolo de las inclemencias de la miseria; como luz de candil en una noche sin luna. Le acomodan el cuerpo en un cajón municipal, parecido a los de las manzanas y la velan en la tapera que han habitado los últimos años. A falta de personas para pasar la noche, se suman unos perros flacos que suelen compartir sus desesperanzas y dos hombres ebrios que no tienen donde descansar su borrachera. El niño se queda de pie durante horas alimentando la ingenua ilusión: en una de esas despierta para limpiarle la cara con un trapo

húmedo y cubrirlo con la miel pegajosa de sus besos.

La vieja no despierta de su sueño eterno y el pequeño se queda a los gritos mientras una chata destartada se lleva el féretro.

Elena intentó consolar a su hijo, sin tener quién la consolara a ella. A los pocos días no sabía que hacer -el fantasma del hambre aterraba- entonces empezó a dejarle el niño a cualquiera: al Tuerto González, a la Petisa Gómez, daba igual.

El chiquito, acostumbrado a estar bajo las alas de la vieja Inés, comenzó a vivir en carne propia los tormentos del infierno.

El Tuerto González se bebía hasta el agua de los floreros; cuando el alcohol le arrinconaba los sentidos se desconocía hasta en el espejo. Para mal de males, solía guardar debajo de la cama —infestada de pulgas—, una fusta, con la cual azotaba al pequeño sin razón alguna, callándolo después con amenazas de muerte.

La Petisa Gómez era una prostituta retirada a medias; en otros tiempos joven, ahora con la melena peinada de canas y las ideas confusas. Adepta de la magia negra, se pasaba los días poniendo en práctica cualquier rito relacionado con el tema: desde juntar tierra en las tumbas del cementerio, hasta poner a hervir un gato vivo o crucificar una rana con clavos de astillas de maderas. No le pegaba, pero aprovechaba la presencia del niño para servirse de su ayuda en la delicada empresa de poner en práctica sus locuras.

Elena se ausentaba -a veces dos días, otras veces semanas enteras- y Pablo se quedaba llorando amarguras, sufriendo maltrato en cuerpo y alma.

El niño fue creciendo a pesar de los pesares, sobreviviendo a la realidad despellejante que le arrancaba la piel de los interiores.

Tenía apenas once años cuando vagaba por ahí, sin darse cuenta de la muerte que lo estaba siguiendo sin descanso ni treguas. La muerte disfrazada de droga le venía pisando los talones, ofreciéndole la oferta tentadora de un viaje al paraíso.

Lo que no le aclaraba era que el pasaje no tenía retorno.

Esa tarde oscura, estaba a cargo de la Petisa Gómez, la cual lo dejó solo para reunirse con otras mujeres en una sesión de espiritismo. Sentado en la puerta de entrada, estaba mirando la nada cuando un jovencito se le acercó.

— ¡Dale, Pablo, fumate uno, que te transportan!

Lo dijo extendiendo la mano en señal de confianza, ofreciéndole un armado de paco.

— ¡Pará Pichi! Mi vieja me va a matar.

— ¡Mirá si entendés, pendejo! ¡Quién le va a contar!

— Siempre se entera de todo.

— Pero si no está nunca la Guacha. ¡Acá los que estamos siempre son los amigos!

— Se mata para que no me falte nada...

— ¡Pero si te falta todo! Nosotros te hacemos el aguante.

— ¡Sos malo, Pichi!

— Soy realista, pibe... nada más.

— ¡Pero es mi vieja! Hace lo que puede.

— ¡Está bien, dejalo ahí!, Probate uno, animate que te hacen volar.

— Me da miedo.

— ¡No seas cagón, carajo!

Con la primera bocanada de humo llegó la tos y un carraspeo en la garganta insoportable; después se sintió naufragando en un mar de alucinaciones donde las fantasías se podían oler, sentir, palpar. Cuando los efectos pasaron, unas ganas de llorar inmensas le inundaron el pecho, una angustia extraña, desconocida hasta el momento.

La segunda vez le costó menos, un dejo de culpa apenas le atormentó la conciencia, así la tercera y la cuarta... . Cuando se dio cuenta ya no podía vivir sin la ayuda del paco. Doblegó su cerviz de niño ante el dios maldito de la droga que lo comenzó a esconder en un mundo de sombras donde la luz podía encontrarse a cuenta gotas y los sueños eran un recuerdo lejano de vidas pasadas.

Elena cayó en la cuenta de la situación al tiempo. Lo percibió raro, taciturno. En un principio, aquietó su intuición de madre justificándolo con la entrada a la adolescencia: una edad difícil, sin respuestas. Al transcurrir los días, una alarma incesante comenzó a taladrarle las sienas.

- ¡Pablito! Mirá que estás raro vos...
- Dejá de joder, mamá, con esas cosas.
- ¡Hijo! No me gusta que te juntés con el Pichi, es medio grande para vos...
- ¡Ya estás haciendo bardo! Tenés que entender que cuando vos no estás, él me banca.
- Pero si yo te dejo con la Petisa para que te mire.
- ¡Mamá! La Petisa se la pasa en el cementerio o hirviendo gatos, ni bola me da.
- ¡Pablito, ella y el Tuerto son los únicos que me dan una mano!
- Me quedo con la Petisa: por lo menos no chupa y me surte después.
- ¡Hijo! Vos sabés que tenemos que laburar, sino no comemos.
- Por eso... ¡Entonces no me critiquéis al Pichi!
- Pasa que ese pibe anda en cosas raras y yo no quiero que vayas por mal camino.
- ¡Mamá, dejá de decir pavadas! Te van a escuchar y el Pichi no me va a dar más ni la hora.
- ¿No tenés otros chicos para juntarte?
- Pasa que las madres no dejan que me tengan de amigo.

No me quieren cerca, en realidad nunca me quisieron cerca.

A Elena se le atragantaron las palabras, sintió que se le vaciaban de sentido, o tal vez era que les sobraba contenido.

Por un buen rato se quedó observando a su hijo, su perfil afinado y todas las luces de la cuadra espejándose en sus ojos.

Elena sintió todo lo que puede sentir una madre cuando cae en la cuenta que lo está perdiendo todo y no puede hacer nada para revertirlo.

Por primera vez en su vida odió la soledad, la maldijo por el puñal que le estaba cercenando las entrañas sin dejarle chances. Odió la soledad por la sorda angustia que la estaba estrangulando poco a poco, mientras su hijo se alejaba por un camino sin retornos.

Elena aspiró una bocanada de la noche y la sintió más fuerte, incomprendible, llamándola de a ratos. A unas dos cuadras, un hombre canoso, sin llegar a los cincuenta, la estaba esperando para llevarla a hacer lo que sabía, o lo que debía, para juntar unas monedas.

Pasaron unas pocas semanas antes de que el Pichi le enseñara a Pablo a vender las primeras bolsitas de cocaína. A las ganancias las canjeaban por unos armados de paco, necesarios para llenar el pozo de la soledad que se hacía más hondo a pasos agigantados.

El Pichi le enseñó a detectar posibles compradores, a olerlos a la distancia, a leer entre líneas el lenguaje corporal de un consumidor.

Un día cualquiera se encontraron trabajando para el Rengo Saldaño, cuyo apodo se debía a que un balazo –producto de un ajuste de cuentas– le inmovilizó para toda la eternidad la rodilla derecha. El Rengo, un chacal de la noche, les prometía protección a cambio de lealtad; en otras palabras les ofrecía un territorio marcado para vender libremente, sin tener que disputárselo a otras pandillas.

“El alma al diablo se vende una sola vez”, solía repetir la vieja Inés. Para cuando Pablo entendió el sentido de esta frase, ya era tarde. Muy lejos habían quedado los días soleados, los tiempos al amparo de las faldas de la anciana mujer, donde la maldad no existía. Flaco, con la piel pegada a los huesos, las ojeras cayendo en bolsas hasta las mejillas y el cuerpo apenas sosteniéndose sobre su esqueleto, iba de un lado a otro, llevando encargos.

—¡Dale Pablo, apurate que el Rengo nos espera!

—Pero Pichi, son las cinco de la tarde.

—¿Y eso qué? Creo que tenemos que llevar un paquete a la cancha de bochas.

—¡Después dicen que los pendejos nos damos! Cada vez hay más viejos que consumen.

—¡Menos mal, Pablito, así tenemos laburo nosotros!

La frase sonó con un dejo de sarcasmo y el aire se enturbió de repente.

El Pichi siempre vestía igual, a manera de uniforme de buena suerte. Solía repetir: unos jeans rotos, remeras con estampas de calaveras y una gorra negra con tachas que debía estar pegada al cuero cabelludo. Pablo lo imitaba en todo, era su ídolo, por eso calzaba unos pantalones gastados, unas remeras semejantes a las de su amigo y gorra. El aspecto de ambos pintaba rebelde, con un andar de ovejas descarriadas que se hacía cada vez más evidente; en las noches de jerga solían bromear acerca de la impresión que causaban.

—Che, Pichi, ¿si nos vestimos un poco mejor? Mirá si la cana nos para por la pinta...

—¡No arrugués, pendejo! No nos vamos a disfrazar de forros.

—Pero, Pichi, mirá si nos agarran...

—¡Shhhh! No seas pájaro de mal agüero.

La superstición era lo cotidiano: se comía, se dormía y se moría con la buena o mala suerte. La noche que velaron a la vieja Inés, tuvo la extraña sensación de que la mala racha le había humedecido los huesos con su rocío maldito y que secárselos iba a ser casi imposible.

El Pichi lo volvió al presente tocándolo en la espalda, señalándole los cordones que estaban medio flojos; de inmediato se los ató con doble nudo, por si acaso tenían que salir a las apuradas. Respiró hondo, aclarando las ideas, intentando despejar cualquier sospecha de problemas inmediatos.

La cancha de bochas sobresalía improvisada en un baldío, hombres de treinta a noventa años se reunían a despuntar el ocio en sus perímetros. Apenas se acercaron al lugar, un par de varones sexagenarios les fueron al encuentro. Uno de ellos, el más anciano, que podría ser el abuelito de cualquiera, les habló en un tono apenas perceptible:

—¿Los manda el Rengo?

—Sí, señor.

—Bien, disimulen y agarren los billetes.

—Pero...

—¡Pero nada pibe, que nos están mirando! Mostrarte tranquilo.

Pronunció esta frase en una boca a medio sonreír, aunque sus ojos expresaban lo contrario.

En cuestión de segundos los chicos tomaron y contaron los billetes.

—¡Señor, es menos plata de la que nos dijo el Rengo!

—¡Dejá de joder y tomátelas, pibe!

En su voz ya no quedaban matices amistosos, sólo un acento avinagrado, con un tinte claro de amenazas. Hicieron lo que pudieron: dar media vuelta y perderse en la tarde con la fiera

del miedo mordiéndoles los talones. No sabían que decirle al Rengo, ni diez mil veces muerto les iba a creer.

Un par de lágrimas rebeldes le manchó la remera a punto de estreno y Pablo no pudo disimular el terror que le hacía temblar hasta las zapatillas. El Pichi vio la desesperación de su amigo y se detuvo en seco; con la mano derecha le palmeó la espalda para transmitirle un poco de confianza, aunque a él también le quedara poca.

—¡Pará, Pablito! ¡Te juro por mi vieja que está en el cementerio que vamos a zafar!

—¡Tengo tanto miedo que estoy por cagarme encima!

—¡No seas maricón, pendejo!

El resto del trayecto hasta la casa del Rengo lo caminaron en el más absoluto silencio. A los veinte minutos estaban rozando el timbre, aguantándose las ganas de salir huyendo para no volver; el problema es que no había donde esconderse del Rengo, el cual los encontraría aun debajo de la tierra.

El hombre apareció de repente, con un habano en la mano a medio encender. Enfundado en una bata negra con bordados en dorado, parecía un capo de la mafia haciendo ostentación del poder.

—A ver pibes, denme los billetes.

La frase no dejó lugar alguno para las explicaciones. El Pichi le tendió la mano con el dinero hecho un bollo, dio la media vuelta en cruz y amagó con despedirse. Una voz ronca que sonó a ultratumba le frenó los pasos:

—¡Acá falta plata!

—Disculpe, Señor, es lo que nos pagó el hombre de la contraseña, al que le dimos el paquete.

Unas finas gotas de sudor comenzaron a rodar por el cuello del Pichi; se notaba al hablar que le estaba faltando hasta la saliva.

—¡Mirá, nene, acá la cosa es clara: o me cagó el Chalita o ustedes se quedaron con el vuelto!

El sudor estaba bañando la remera en su totalidad, dejando al descubierto las siluetas de las costillas.

—¡Mire, Señor, nosotros no nos quedamos con nada!

Lo dijo con todo el convencimiento para tratar de convencer, levantando el mentón, al mismo tiempo que clavaba en el Rengo la oscuridad de sus ojos negros. Lo dijo jugándose la última carta que les quedaba para ganar el partido.

Parados en la vereda a escasos centímetros de la puerta de entrada, se quedaron inmóviles, esperando la reacción del Rengo. El hombre se tomó unos quince minutos decidiendo a quién apretar.

—¡Miren, pendejos! Al Chalita lo tengo montado mal.

Seguro que me hizo esto para que los reventara y me quedara sin repartidores. Igual, es la primera y la última vez que entregan la merca sin contar la plata.

Con esa declaración, un rayo de sol asomó entre las nubes y el Pichi aprovechó la única oportunidad para completar:

—Mire, Don, quédese con la comisión nuestra, así...

No alcanzó a terminar la frase, lo incineraron los ojos del Rengo que despedían fuego, dejándolo mudo del susto.

—¿Qué comisión? ¡Agradezcan que no les muelo las costillas por la cagada que se mandaron!

Las últimas palabras finalizaron la conversación. Se fueron caminando cabizbajos, contando los pasos. A unos doscientos metros, Pablo entró en la cuenta que el control de esfínter lo había abandonado en el transcurso del incidente. Desesperado, se sentó en una verja a llorar las desventuras, con la cabeza escondida entre las manos y el alma en la garganta.

—¡Pará, Pablito, ya estamos a salvo!

—Pero... casi... además no tenemos para fumar.

—De algún lado vamos a sacar unas chirolas y le compramos dos bolsitas al Juancho para entretenernos.

Esa fue la primera vez que le robó a su madre.

Llegó a su casa y, en cuestión de segundos, lo estaba revolviendo todo en busca de algún dinero, transformándose en un ladrón de su propio nido. Casi al borde de la locura, encontró un paquetito mal envuelto. Protegidos por las páginas amarillentas de un diario viejo, dormían los únicos ahorros de Elena. Los billetes que guardó a pesar del hambre, por si ocurriese otra cosa peor.

Los ojos del muchacho parecían de vidrio, las manos temblorosas, pero decididas, acariciaban el papel moneda; mientras lo iba contando se iba mintiendo a sí mismo que después lo devolvería, intentando callar los últimos gritos de su conciencia en agonía.

Calló el relato, las últimas palabras le habían costado un esfuerzo extra. No pude evitar sentir un hormigueo en el estómago, una necesidad inmensa de salir corriendo y dejarlo todo. Los detalles de las situaciones vividas me estaban perforando el alma poco a poco.

Presintió mi cobardía, lo entendió todo sin necesidad de explicaciones.

—¡Sabe, Doña! Comprendo si se quiere ir.

Se tomó unos segundos para completar la oración.

—... para siempre.

Sus palabras me espantaron los fantasmas, me quedé quieta como atornillada a la silla.

—Pablo, no me voy..

—Créame que lo entendería.

Me miró tan hondo que sentí que no podría ocultarle nada.

Me dio vergüenza la cobardía.

—En realidad me tengo que ir porque finalizó el horario acordado, pero mañana vuelvo.

—¿Le permitieron otro día más?

— Trabajamos en red, unos amigos hicieron unas llamadas para extenderme el permiso.

—¿Y si no terminamos?

—Mirá, te están por aprobar el traslado. En una de esas te visito en otro penal.

Me sonrió con una mueca cómplice, diciendo todo sin decir nada.

—Escuche, Doña, lo que pasó esa noche se lo voy a contar al final... así no me abandona.

—¡Estás manipulando a una pobre mujer enferma!

—No es eso, es que le tengo terror a dos cosas: a la oscuridad y a que me abandonen. Por desgracia siempre adolezco de las dos.

Se levantó suavemente y con gestos le avisó al guardia que se iba a retirar.

Me quedé el tiempo suficiente para sentir que era la eternidad misma. Cuando el guardia regresó para acompañarme a la salida, se me escapó en voz alta: “Dios mío, ¡qué solos se quedan los presos!”

El agente, con unas palabras que sonaron proféticas, refutó:

—¡Señora, acá adentro todos estamos solos!

Aún sentada, con una sensación de opresión en el pecho como si diez mil tanques me estuvieran pisando, atiné a decirle:

—Disculpe, no quise ofenderlo.

—¡No me ha ofendido! Sólo que pienso que se va a llevar una imagen distorsionada de este mundo.

—Me llevo lo que me cuenta Pablo.

—Hablo del resto, del lugar, de los movimientos.

— Trato de concentrarme...

—¡Ya sé... en el objetivo! Pero no sé si entiende que esto es un infierno para todos.

—Mire...

—Escuche unos segundos. Le voy a confesar que acá aparecen todas las miserias humanas.

—En todos lados.

—¡No como acá! Por ejemplo, a mí no me joden los ladrones ni los asesinos, pero no puedo con los violadores de niños. Si ingresa uno le doy vía libre a los “carterudos” para que le den su propia medicina.

—Pero son enfermos...

—¡Y los muy malditos no tienen cura! Una vez me tocó uno que entró riéndose, el muy canchero. Iba de un lado al otro diciéndome “papá” de acá y “papá” de allá. Cuando vi su historial, me quedé helado: el h. de p. tenía una condena de cuatro años... y escuche bien porqué. El muy sádico se ratoneaba quemando las plantas de los pies de una nena de seis meses, la hijita de su pareja. Un día cualquiera, no satisfecho con la tortura, la violó, destruyéndola toda.

Después cuando la nena agonizaba la mató a palazos... ¿Entiende?

Me quedé callada, pegada a la silla como con pegamento.

Entonces él continuó el relato:

—¡Sin culpas, el tipo! ¡Un monstruo! Entonces le hice correr la voz al capo de los carterudos. Lo molieron a palos... además de otras cosas. ¿Entiende?

A los dos días, el hombre apareció mansito en la cotorrera (lugar donde descansan los guardias) para pedirnos “puerta”, es decir que lo metiéramos al calabozo para que no lo agarraran más.

Tenía que decir algo, lo que fuese, porque el silencio ya no cabía más en la situación.

—A mí también me cuestan los que torturan y matan a niños...

—Acá adentro son los más odiados. Los códigos son los códigos.

—Estoy tratando de entenderlos.

—Dígame, ¿hace mucho que trabaja con esta calaña?

—En realidad, hace años que me dedico, cuando puedo, al trabajo voluntario con personas en riesgo.

—¿Cobra bien por eso?

—Al contrario, gasto. Pongo y pongo de mi bolsillo.

—Disculpe, pero no la entiendo.

—¡Créame que no lo culpo! La mayoría no me entiende.

—¡Déjeme en claro algo! Usted vive de otra cosa.

— Toda mi vida. Desde jovencita tengo dos trabajos.

—¿Y por qué pierde tiempo con estos malandras, pudiendo vivir cómoda y tranquila?

—Es una buena pregunta. Me la hicieron unas cuantas veces. Espero poder responderle diciéndole que soy una agradecida a Dios y a la vida.

—De verdad que me cuesta entenderle.

— Tal vez se ría, pero yo creo en un mundo más justo, más humanitario...

—Es una gran mentira.

La mueca que dibujó en su rostro lo dijo todo, sin necesidad de explicaciones. Por unos segundos nos quedamos en silencio, sin saber como seguir, hasta que sentenció:

—Debemos irnos.

Puerta tras puerta, como si dentro de la gran jaula hubiera una más pequeña y luego otra y otra. En cada jaulita un ser humano, acompañado por su soledad, contando los latidos: uno, dos, cien, cinco mil, un millón. Y el tiempo que es eterno, de a ratos no existe, y la realidad queda suspendida, en pausa.

Nada transcurre, nada existe.

Elena me estaba esperando de manera inevitable. Los ñoquis con salsa y queso estaban al baño de maría, para mantenerlos calentitos. Elena no me preguntó: sabía que me pondría en un aprieto con las respuestas; entonces la dirección de la conversación fue de un lado hacia el otro, hasta que la seriedad del tema le tensó la cara.

— Voy a extrañarla...

—Pero, si te vas a sacar un plomazo de encima.

—¡De verdad!

—Elena, de una forma u otra, la vida siempre nos reúne. Además me falta mucho aún...

Se quedó esperando los detalles que nunca pronuncié; en cambio interrogué:

—¿Pablo es hijo de Marcos?

Antes de comenzar el relato, juntó las migas de la mesa. Se sentó con la pava, el mate y unas masitas de manteca que había preparado para compartir conmigo. Recién entonces comenzó a contarme.

Marcos nunca regresó. Los jóvenes llevados a la fuerza junto con él, tampoco.

El pueblito se quedó envuelto en una neblina de ausencias, y las madres y las novias tejiendo atardeceres con los hilos de la melancolía, frotando con unguento las heridas abiertas, heridas que nunca cerrarían.

Marcos nunca regresó. Elena, a las pocas semanas, comenzó a exhibir una panza diferente, con un ombligo estirado: una panza de vida.

Para no dar explicaciones, unió su vergüenza a unas pocas pilchas y las colocó en un bolso de lona. Con todas las pertenencias abrochadas a su espalda y una pollera suelta para disimular su estado, se despidió de todos. Se fue con la excusa de buscar un trabajo en Lima, callada, dentro de sí. La gente del pueblo la dejó ir sin preguntarle nada; hacía mucho tiempo que las palabras escaseaban en el lugar.

Paró en la capital de Perú, pero sólo para conseguir otro aventón y luego otro y otro más. Camiones, autos, cualquiera que la llevase unos kilómetros más adelante, para esfumarse en la distancia, para perderse en la línea del horizonte.

De pueblo en pueblo, llegó a la frontera con Argentina.

Con pocos papeles para mostrar y para no dar explicaciones, buscó la ayuda de unos polleros que la depositaron al otro lado del río, sobre la tierra soñada aunque no prometida.

El hambre, la soledad, los miedos, lo desconocido comenzaron a mellarle el alma y enflaquecerle las carnes. La necesidad de sobrevivir tiene el rostro más espantoso jamás visto, y Elena en su desesperación lo vio a escasos centímetros de ella. Primero se entregó a un camionero por unas pocas monedas, después a un turista. Cuando quiso darse cuenta de la situación, la maldición de la prostitución le había ensombrecido la existencia y de ahí en más todo importaba poco.

Errante de un lugar a otro, sin rumbo, llegó a Buenos Aires.

Caminó sus calles al encuentro de las noches húmedas y grises, pisando las veredas con la tibia necesidad de no seguir vagabundeando, de encontrar un espacio para habitar. Día tras día permaneció en el anonimato de la muchedumbre hasta la noche en que nació Pablo.

Atendió el último cliente para poder comprar comida, cuando rompió bolsa. El hombre, en un gesto de humanidad, la acercó a media cuadra de un hospital. Llegó arrastrándose, chorreando líquido amniótico, ahogando los gritos de dolor y susto. Vestida con una calza turquesa, una remera plateada y unos tacones azules que encandilaban en la oscuridad, entró a la sala de parto, teniéndose el vientre con ambas manos para que no se le cayera y mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar, acostumbrada a aguantarse el dolor en silencio.

Nunca se animó a preguntar si transcurrieron horas o minutos, hasta que el llanto de un recién nacido inundó con su música los pasillos del hospicio. Sola, con su hijo en brazos, se prendió de él para mantenerse viva entre tanta muerte, y le juró pelearla hasta la última bocanada de aire.

Las masitas de manteca me supieron amargas, el relato de Elena me cerró el estómago y me quedé probándolas apenas.

—Me parece que le he arruinado el almuerzo con mi historia.

Lo dijo mirándome los adentros con sus ojos sin párpados.

—Elena, te agradezco que compartas tu vida conmigo.

—¡Es que nunca se lo conté a nadie! Al menos toda la historia.

—Es un honor escucharla.

—¿Sabe?... Nunca más volví a ver a Marcos... ¿Estará vivo?

Me quedé con el alma en las manos, con una tristeza muda oprimiéndome el pecho. Elena intentaba asirse del pasado para poder soportar el futuro.

—Marcos olía a magnolias.

Lo dijo entrecerrando los ojos para evocar mejor los momentos vividos, para que los recuerdos le acunaran los pensamientos en un vaivén de felicidad.

Abandonó el hospital con el pequeño en brazos y sin más pilchas que las puestas, con una mochila adherida a su espalda, desbordante de ropa de bebé que le obsequió una buena samaritana. Sin saber adonde ir, con los bolsillos flacos como sus costillas, se paró a mendigar unas monedas. En un teléfono público marcó el número de la Lola, una prostituta gastada por los años que habitaba la Villa 131.

Trémula, tiritando de sustos, con la oscuridad acechándola, apretó con desesperación el bulto escondido en sus brazos.

La noche se le había venido encima de pronto y para entibiarse los huesos no dejaba de acunar al pequeño. A unas escasas cuadras, el canto de la sirena de una ambulancia iba trepando entrecortadamente en las sombras. El martillar de su pecho se agudizó y sus uñas, sin querer, arañaron la pañoleta que envolvía al niño.

La Lola llegó a las dos horas, a bordo de una motocicleta prestada que apenas se sostenía en pie. Llegó con una sonrisa fresca, intentando infundir confianza donde había tantos miedos.

— ¡Apurate, negra, que acá nos hacen boleta!

— ¡Pero Lola!...

— ¡Pero nada, hermana, o nos vamos o nos borran del mapa!

Levantó la pierna en un santiamén para subir al rodado, acomodó al pequeño como pudo y partieron rumbo a lo desconocido.

La Lola vivía en la Villa 131, diez cuadras adentro de sus contornos. Trabajaba a unos kilómetros para que nadie del vecindario la viera; igual, la mayoría sospechaba.

La Lola era más bien petisa, ancha de caderas; con un busto enorme que aprovechaba para mostrar a medias, a manera de carnada. Su cabellera larga, teñida a rojo fuego, la identificaba en la oscuridad; igual que su piel aceitunada, oliendo siempre a jabón de supermercado que dejaba una estela a su paso. De tanto usar zapato barato para taconear las veredas de norte a sur y de este a oeste, le habían crecido juanetes, como dos frutos maduros a punto de reventar. De tantas molestias, a veces rengueaba y, al cambiar de cuadra, alternaba la pierna

para arrastrarla. Siempre alguien la encaraba interrogándola acerca de su problema, ante lo cual se excusaba afirmando que era “un defecto de nacimiento heredado de su tía gallega”.

Nadie supo jamás que la Lola lo único español que tenía era una chalina verde agua que le regaló un cliente, como extra a sus servicios brindados.

La Lola tenía tanta calle caminada como inviernos en las costillas, y si bien no era agraciada, su espíritu inquebrantable la dotaba de un atractivo único que hacía detener los autos para solicitar sus servicios. Cliente que paraba siempre volvía, sucumbiendo a los encantos de la morocha vestida de negro y plateado.

La Lola siempre se enfundaba en negro y plateado, a manera de uniforme; un conjunto para cada día de la semana. Los lunes: pollera negra y remera de modal plateada, zapatos plateados y peluca renegrada; los martes: vestido negro con espalda en escote espejo, sandalias y cartera plateada, y cabellos a rojo fuego; los miércoles: pantalón negro con strapless plateado, zapatos y monedero negro y peluca negra; los jueves: vestido plateado, sandalias y cartera negra, y cabellos a rojo... un conjunto para cada día, con un orden establecido. “Cuestión de cábala”, solía repetir una y otra vez.

La Lola tenía un aire divertido que contagiaba y a veces, cuando la noche había sido generosa y volvía con los bolsillos gordos, se sentaba a tocar la guitarra, desafiando a la madrugada. Pagaba la ronda para todos los que la acompañaran.

Nunca supo de escuelas, de tinta, de papel o de lapiceras; pero acariciaba las cuerdas de la guitarra como una diosa, era puro oído nomás. Tocaba y tocaba, haciendo llorar las cuerdas con un lamento que lastimaba el amanecer de la Villa. En los alrededores, todos se detenían para escucharla; hasta las broncas y las piñas esperaban otro momento.

El pequeño lloraba y Elena sentía que se le escapaba la impotencia por los poros, mientras la Lola ponía esperanzas con sus comentarios despreocupados.

—¡Mirá si tiene pulmones el guacho! Eso significa que está sanito.

—¡Pero, Lola, no para de llorar!

—¡Claro, si está muerto de hambre! Apenas lleguemos, lo prendés a la teta. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—En el hospital.

—¡Así no te va a bajar nunca la leche! No te preocupés que en la heladera tengo media mortadela, medio queso y unas varillas de pan... ¡Ahhh, una caja de leche en polvo también!

—Lola, yo no quería molestarte...

—¡Para eso están las amigas, para ayudarse en las fuleras! ¡Mirá, negra, cuando uno anda bien sobran los afectos, el tema es cuando se anda en las malas!

—¡Me asusté tanto Lola!

Lo dijo con un mar de lágrimas cegándole los ojos y paspándole las mejillas.

—¡Ya lo sé, pero Diosito aprieta pero no ahorca! Y sino, mirame a mí, buscándote con este cachivache prestado, que esperemos que no nos deje a pata.

La moto aguantó y llegaron a la Villa. El paisaje urbano cambió de repente, los chalets con frentes onerosos desaparecieron y en su lugar aparecieron casas precarias: mitad ladrillos, mitad chapas, construidas con las urgencias de habitarlas aunque estuviesen sin terminar. Unas cuadras adentro, el diseño se iba endureciendo más para dejar paso a las viviendas de la miseria, donde cada propietario hacía lo que podía.

Así era la casa de la Lola: pequeña como en los cuentos, pero sin el hada madrina que la adornase. Las paredes desnudas dejaban al descubierto ladrillos grises y colorados: los que pudo juntar. Las chapas del techo protegían la habitación única de las inclemencias del tiempo. Era donde dormir, donde comer, donde estar.

Afuera, a unos pocos metros, estaba el baño, improvisado con una letrina y una bolsa con diarios para lo que hiciera falta. Lo que faltaba en comodidades sobraba en calor de hogar, así lo hacía sentir la dueña.

—¡Mirá, Elena! Tengo dos catres nada más. Agarrate para vos y la criatura el que tiene mejor colchón.

—Pero Lola...

—No se discute, ustedes son dos. Mañana vamos a ver si el padre Fermín nos presta un moisés. Es regaicho el cura, es el único que nos da una mano.

—¡No sé como agradecerte!

- Ya va a haber tiempo para eso. Ahora tenemos que solucionar los problemas más urgentes.
- ¿Tenés ropa, vos?
- Lo puesto. Tengo algunas cositas para el nene...
- ¡También le vamos a pedir al cura! Deben tener algo en el roperito.
- ¿Chupete o mamadera?
- ¡Mujer, prendelo a la teta!
- ¡Pero la leche!...
- Te va a bajar. Todas las mujeres amamantan, tenés que prenderlo cada rato.
- No tengo pañales...
- Vamos a agarrar unas remeras viejas y las cortamos.
- En el hospital me dieron cuatro pañales y cuatro chiripás.
- Ni arrancamos, pero nos van a ayudar. Ahora comé algo que sino no te va a bajar la leche.

Elena casi no durmió esa noche y varias más.

La dura realidad de naufragar a la deriva, alejaba toda posibilidad de conciliar un sueño reparador. Antes, un tiempo antes, caminaba con su soledad a cuestas, pero ahora, con el pequeño en brazos alimentándose de la sabia de su cuerpo, su existencia había dado un giro de trescientos sesenta grados.

Elena casi no durmió esa noche y varias más.

Con gusto le habría dado al pequeño su corazón por alimento, sintiendo el calor de su cuerpecito contra sí. Deshojó las horas, los minutos, los segundos, contándole los cabellos renegridos: veintiuno, treinta y tres... Cada caricia le sacudía los sentimientos adormecidos por la soledad, buscando algo de Marcos en él. Encontró poco de Marcos, como si el destino le negara los recuerdos, esfumándolos como las golondrinas del otoño.

Elena miró a su hijo como si lo viera por vez primera, con unos ojos distintos, con ojos de madre. De tanto mirarlo, notó algo extraño en sus labios, unas curvas diferentes. A la mañana siguiente encaró a la Lola con sus miedos, con sus dudas de madre:

- ¿Lola, le viste los labios al nene?

- ¡Sí, pero no te asustés!
- ¡Lola, estoy desesperada!
- Calmate, me parece que lo llaman labio leporino.
- ¿Eso es grave?
- ¡Seguro que no! Sé que vienen así de fábrica, creo que el nene de la vuelta los tiene así.
- Y... ¿sabés si se cura?
- Me parece que no es grave, sólo que tenemos que consultar a un médico a la vuelta.

La Lola la ayudó mientras pudo, hasta la noche de agosto, donde una llovizna gris que perforaba hasta la médula vaticinaba lo peor. Y lo peor estaba por ocurrir, porque esa madrugada la Lola no regresó. A los dos días otra mujer de la noche le avisó que le habían disparado dos tiros en la nuca.

En el ambiente comenzó a circular una versión que un proxeneta la mató porque le estaba caminando sus cuadras.

La Lola murió como nació, pobre y olvidada. Por un tiempo se quedó viviendo en la casita que nunca nadie reclamó, hasta que decidió partir con el pequeño a una ciudad menos habitada en busca de nuevas oportunidades.

Partió con Pablo en brazos y el fantasma de la desdicha pisándole los talones. Le encargó la casa al cura de la capillita.

A la vuelta de los años, cuando Pablo cayó entre las rejas, para su seguridad lo trasladaron; y Elena, para estar lo más cerca posible, volvió a la casita de la Lola. Para su sorpresa, los vecinos de la Villa y el cura se la habían cuidado, con el pleno convencimiento que ella algún día volvería.

Elena abandonó el relato porque el cansancio nos pudo a las dos. Al día siguiente, no intentó acompañarme; nos entendimos con un silencio a medias, quebrado a veces por unas pocas palabras.

Tomé el taxi a unas diez cuadras. El recorrido me permitió hacer un balance imaginario: me faltaban horas de charla y los tiempos se me estaban acortando. Le pagué al chofer con la extraña sensación de querer pedirle que no me abandonara, que se quedara unos minutos conmigo para hablar de nimiedades, porque se me había escapado la valentía de los

comienzos y me estaba pesando. El auto se alejó y casi rompo en llanto como aquella vez a los cinco años, cuando mi madre me dejó con un grupo de niños angelicales preparados en cuerpo y alma para recibir la primera comunión. Mi madre se escabulló en la muchedumbre y un sudor helado me humedeció las palmas de las manos; los ganchos del abandono me agujoneaban la carne y ni una sola palabra de auxilio brotaba de mi garganta. Después de la ceremonia mis progenitores llegaron a rescatarme; me encontraron helada como las estatuas, con las pupilas dilatadas por el terror, húmeda de espanto.

Debía entrar, se lo debía a Elena y quizás también a Pablo.

Le puse el alma y algo más a los procedimientos de rutina, para poder con la situación. Pablo me estaba esperando en el lugar de siempre, despojado totalmente de toda resistencia.

Sentado, abatido, calzando el uniforme de condenado como si fuera su propia piel, resignado a su destino amargo, más amargo que la hiel. Entonces una pena más honda que los océanos me inundó el alma. Él estaba ante mí, con la firme convicción de que su vida sería una suma de rutinas, repetidas en un vaivén sin fin hasta el final de sus días. Me dolieron tanto sus veinte y tantos años; se me marchitó la curiosidad y sólo me quedó la necesidad de cerrar el círculo de las visitas.

—La estaba esperando... Siento que la voy a extrañar, me estoy acostumbrando a hablar con usted. Acá adentro no tengo con quién hablar.

Sus palabras aumentaron mis pesares.

—Pablo, quizás volvamos a vernos pronto...

—¡No haga promesas que no va a poder cumplir!

—Pero...

—¡Por favor, sigamos!

—Espero que me den dos días más, aunque sea dentro de un mes...

—Escuche.

Robarle a su Elena se transformó en un hábito. Los efectos nauseabundos de la droga mataban cualquier brote de conciencia. Consumir se transformó en primera necesidad, antes

que comer o dormir. Cuando la madre se ausentaba, aprovechaba para armar junto al Pichi unas fiestas de muerte que duraban horas.

El Rengo siempre tenía algún mandado para encomendarles, era un dealer reconocido. La gente le recibía los pedidos como si fueran aspirinas, gente de cuatro por cuatro o de a pie. De tanto ir, comenzó a observar con más atención los lugares: entre ellos, una casa con aires de mansión de cuentos, con unos ventanales enormes por donde podía entrar un elefante, y un jardín sobre la vereda que denotaba arreglo y buen gusto.

La casa tenía esa extraña particularidad de latir al compás de las risas de los niños que la habitaban, como si nada malo pudiese suceder entre sus paredes. Casi todas las tardes entregaba un paquete a las manos morenas de una empleada, vestida con riguroso uniforme azul, quién le abonaba con unas monedas de más, que se transformaban en una agradable propina. ¿Quién consumía? ¿Cómo habían llegado a esto?

Miles de preguntas lo acechaban cada vez que se acercaba al lugar, tal vez porque antes, mucho antes, pensaba que los demonios se le aparecían a los que vivían al margen de todo, como él. La casa de los cuentos se transformó en una obsesión para sus neuronas atormentadas.

Día a día, Elena observaba a su hijo mutar a un ser extraño, taciturno, vacío de palabras, encerrado en un hermetismo infranqueable. Si no le decía, no se bañaba; sucio, desaliñado, con un humor maldito, casi no pasaba tiempo con ella. A veces Elena se quedaba dos o tres días para recuperarse de las noches sin dormir, para extinguir el cansancio que le doblaba el cuerpo a la mitad, pero igual Pablo no paraba.

Una noche, cuando no regresó a dormir, la mujer lo estaba esperando. Al verlo con unas ojeras moradas que le daban un aspecto cadavérico, el jean sucio que apenas le tapaba los genitales, la mujer decidió enfrentarlo:

—¡Pablo, mirá el aspecto que tenés!

—¡No jodas, mamá! ¿Querés?

—¡Pero hijo, no estás comiendo! ¿Adónde estabas?

—¡Mirá, mamá, ya no soy un nene!

—Es que estoy preocupada...

—¡Tranquila, tranquila! ¡Yo sé lo que hago!

—¡Pablo, tengo mucho miedo!

—¡Vos porque sos cagona! ¿Miedo de qué? Si acá no pasa nada, lo que pasa es que son todos chusmas.

—¡Es que no me gusta la junta!

Los ojos se le inyectaron en sangre y una mueca de ira le borró del rostro todo vestigio de humanidad. A los gritos le contestó:

—¡Sabía que ibas a venir con esas! ¡Ahora te calentás por la junta, cuando siempre me las tuve que arreglar como pude!

—¡Pablo, Pablito!

—¡Pablo Mahoma, dejame de joder!

Y con un portazo definió la situación, dejando a Elena tirada en el catre, tomándose el vientre con las dos manos por miedo a que se le rajara, sollozando en silencio, en un silencio de muerte. Su corazón de madre tenía la certeza de que todo estaba muy mal.

Pasó el tiempo y Elena, sola, a oscuras, iba pedaleando en la bicicleta de la vida como podía. A veces intentaba seguir a su hijo, pero éste se las arreglaba para despistarla una y otra vez.

Cierto día, suspendió un viaje para regresar a las horas.

Cuando entró a la vivienda, se encontró con el espectáculo más aterrador del mundo: Pablo, Pichi y otros pibes más estaban tirados por diferentes lugares de la casa con una sobredosis que alarmaba. Elena, sin saber qué hacer, llamó a la policía, la cual los trasladó a un hospital.

Pablo nunca se lo perdonó; enceguecido por el odio de ser descubierto, dejó de hablarle.

Detuvo el relato por unos instantes para enjugarse las lágrimas, con la mejilla húmeda aún, y los ojos vidriosos de pena, bajó la cabeza.

Ante lo inevitable del pasado, ante el drama de los hechos, me tuve que sostener de la silla para no tambalear. Pensé en mis hijos, y no pude evitar comparar sus existencias: mis niños con una lista de oportunidades, y el jovencito que tenía enfrente que no tuvo una -aunque fuese una- para desperdiciar; y yo así tener la excusa de acusarlo con fundamentos.

—Pablo, no sé que decir..

—Señora, a veces sobran las palabras. Le agradezco que siga viniendo, espéreme hasta mañana para saber lo que sucedió esa noche... la noche más maldita de mi perra vida.

—Si no te molesta, quiero preguntarte por Mariana...

—¡Nunca me molestaría hablar de Mariana! Es que me duele, me duele tanto.

Mariana era pequeña, menuda, nadie le daba quince años.

Tenía el cabello rubio oro y unos ojos miel que endulzaban las tardes de primavera. Sus manos parecían de hada, aunque les faltaba la varita para cambiarlo todo. Mariana caminaba las veredas sin tocarlas, como si flotara, dueña de una liviandad que se notaba a lo lejos. Solamente bajaba a tierra para sudar de tanto bailar en las bailantas: horas y horas de cumbia y su piel trigueña brillaba en la oscuridad.

La noche en que se conocieron, el Pichi lo pasó a buscar para festejar en el club el éxito de la semana, lo redituable de las ganancias. Cuando llegaron al lugar, el baile hacía rato que había comenzado y la multitud disfrutaba moviéndose al compás de la música.

Mariana estaba en la multitud, divirtiéndose junto a unas amigas, encendiendo chispas de colores con su risa contagiosa.

Él la miraba de a ratos, intentando disimular que se moría porque alguien los presentara, porque alguien le tendiera un puente hacia la rubiecita de zapatos colorados y vaqueros localizados, que debía medir como los personajes de los cuentos.

La miraba de a ratos, comiéndose las uñas y la bronca de no animarse a presentarse solo. No quería consumir para no hacer papelones, pero sin el empujón de la merca, sentía que no podía con nada, al menos en lo que fuese vincularse con los demás.

Mariana le sacó ventajas: en menos de diez segundos se paró frente a él y se presentó sola, sin tapujos ni rodeos. Le costó reaccionar ante la naturalidad con que la jovencita manejaba la situación; apenas le salían las palabras para responde a las preguntas de rigor.

Mariana, con su metro cuarenta y siete, le robó el alma y, en menos de lo que canta un gallo, del hocico se lo llevó a su mundo. La acompañó esa noche y luego otra y otra más, quedando prendado de sus ojos dulces y de sus labios de ciruela. Ella no consumía nada, ni siquiera un

cigarro y, cuando lo veía con algún efecto lateral de su adicción, amenazaba con dejarlo para siempre. A su lado se cuidaba y vendía menos para no perderla.

Se pasaban horas caminando por las veredas gastadas, tomados de la mano, entre mimos y promesas de amor eterno.

Él vivía para encontrarla y ella para dejarse encontrar, entre tanta miseria y dolores propios y ajenos.

A Mariana la querían todos, o casi todos, porque el Rengo no veía con buenos ojos la relación que de una u otra manera le perjudicaba el negocio. Por eso no dudó en pensar la forma de alejarla, como si fuera el dueño y señor del destino.

El Rengo llamó a Gabriel Bermúdez, un hampón de poca monta que se encargaba de sus trabajos muy sucios –aquellos que nadie quería realizar– y le pidió que se ocupara de Mariana. Que lo hiciera parecer un robo para no levantar sospechas indeseadas, total la policía no se ocuparía del crimen de una indigente. La siguió, la siguió días enteros, hasta que una tarde de nubarrones tristes la encontró sola y desprotegida cruzando por un callejón. La masacró con tres puñaladas, llevándose su carterita rosa para disimular, dejándola agonizando a la merced de la muerte.

Cuando le contaron, se quiso morir. Maldijo la noche que lo vio nacer, permitiendo que viviera sólo para sufrir.

Le fueron dos años para enterarse de la verdad acerca de la muerte de Mariana. Bermúdez cayó preso por error y soltó la confesión acerca del asesinato de la niña. Quiso matar al Rengo por robarle lo que más amaba en la vida, pero el Pichi lo frenó, contándole que el hombre tenía fecha de vencimiento con un VIH que lo tenía acorralado desde hacía años.

— ¡Sabe, Doña, cómo la amaba!

Lo dijo con palabras tan tristes que se me hizo un hueco en el alma.

Nos quedaba tiempo, pero no quedaban palabras. Me saludó con un gesto y se retiró acompañado por el guardia, caminando lento, sin terminar de despedirse. Cuando el guardia volvió, me encontró con una angustia que se me debía haber notado porque ofreció acompañarme sin comentarios. El corredor me pareció eterno, las puertas que se cerraban

me sonaban a ultratumba y los demás guardias a guardianes del infierno, un infierno en el que todos podemos caer aunque fuese por error.

El aire, un aire enmugrecido con vestigios de hongos flotando por los recovecos, me parecía insuficiente, como si no pudiera respirar. Al llegar afuera, sentí unas ganas inmensas de correr sin parar, de escapar de ese cementerio de vivos muertos en vida.

El taxista también debió verme el rostro, porque no hizo comentarios. Me bajé a diez cuadras, como siempre, esperando que la amiga de Elena me acompañara.

Elena me estaba esperando con un puchero de osobuco, papas y muchas zanahorias, que le había regalado el padre Ignacio, el nuevo cura de la capillita. Casi no hablamos; al rato le pedí acostarme para ordenar las ideas, aunque fuese temprano.

Un puñado de tristezas remolineaba en el aire de la habitación, haciendo pesada la respiración; una densa oscuridad se asomaba por el cuadrado de la ventana, a pesar de que la tarde recién estaba naciendo. Sentí un frío atroz en los huesos, que disentía con el pronóstico del noticiero, y las horas transcurrieron más lentas que de costumbre, eternas como las arenas del desierto.

A la noche hablamos de bueyes perdidos, hasta que Elena encaminó la conversación hacia su hijo. Con los ojos húmedos, me contó acerca de la solidaridad de la gente la Villa que, si bien no querían saber nada de Pablo, la habían socorrido en sus momentos más desesperados.

Vivía de lo que podía y cómo podía. A veces comía, a veces no, de vez en cuando el cura o los vecinos le acercaban un

plato de comida. Su única razón de existencia era Pablo, sus tiempos giraban en pos de las visitas y de sus necesidades.

Para infundirle ánimos siempre se arreglaba para ir a su encuentro, escondiendo detrás del maquillaje la infinita tristeza que agrietaba sus días. Elena vivía en las sombras igual que su hijo, con el agravante de que la culpa la esperaba en la puerta del penal, para acompañar sus pasos y cobrar forma en sus pesadillas.

A la mañana siguiente, partí temprano, envuelta en un día sin sol, en una mañana sin pájaros. El devenir de lo inevitable me estaba mellando el alma: la última visita me estaba esperando, con una verdad que a esta altura de los acontecimientos había pasado a segundo plano. La

balanza estaba en perfecto equilibrio: de un lado el deseo inmenso de volver a mis afectos y del otro el extraño sentimiento de no abandonar a Pablo a su maldita suerte.

El edificio me pareció más lúgubre y el guardia de la entrada me sonó al mayordomo de Drácula. Pablo me estaba esperando, taciturno, abatido. Por más que lo intentase, no encontré restos del joven que me recibió el primer día, ni rastros de su aire montaraz, ni de sus ojos de fiera entrampada; en su lugar sólo quedaba aún el cabello con lustre y los rasgos inconfundibles de su madre, con la piel apretada a los huesos de la cara angulosa.

Me miró unos instantes con unos ojos de súplica iguales a los de los condenados, suspirando hondo y prolijo igual que los desahuciados.

—Estamos llegando al final, Doña...

—Me tengo que ir.

—Pero antes quiere saber la verdad de lo que pasó en esa noche maldita.

No encontré en mis adentros palabras para pronunciar, ni una siquiera que pudiera expresar la mezcla de sentires que me estaban estrujando el alma.

—Sabe, Doña... tengo claro que usted vino por el final, por esto que voy a contarle, pero estoy tentado de no decirlo para que vuelva a verme.

—Puedo volver igual...

—¡Prefiero una verdad fiera antes que una mentira piadosa!

—¡Puedo intentarlo!

—¿Sabe qué? La miro una y otra vez y no puedo dejar de maldecir el día en que nací. ¿Por qué no me tocó una familia como la suya?

—Debe haber un bolillero y de acuerdo a la bolilla caemos donde caemos. Igual mi casa no es la casa de la familia Ingalls.

—Pero... usted entiende de lo que hablo...

—¡Quisiera no entender, Pablo, te juro que me sería más fácil!

—No me interrumpa por favor.. Hacía una semana que había cumplido los dieciocho y al Pichi se le ocurrió festejarle el cumpleaños.

—¡Un cumpleaños como corresponde, puñeta! ¡Con mucho morfi y mucho chupe!

La situación estaba embromada: no tenían una moneda para organizar la fiesta. Un compañero de junta, la Rata, les tiró al pasar el dato: tres ancianos vivían solos y con todos sus ahorros al amparo de la goma espuma del colchón.

Tres ancianos solos y una mansión para ellos. Los esposos de unos setenta y tantos tenían a su cargo la hermana de la mujer, que sufría los estertores de una discapacidad motriz desde los seis meses de vida, secuela del verdugo de la poliomielitis. Tres ancianos indefensos que disfrutaban ver morir las tardecitas de otoño en la placita que les quedaba a media cuadra; cuando el sol iba cayendo por el horizonte, enfilaban la silla de ruedas hacia el verde, acompañados de una canasta con el equipo de mate y unas galletas marineras sin sal.

La Rata los venía marcando de cerca. Haciendo honor al sobrenombre, los espiaba donde no pudieran verlo, día tras día, semana tras semana. El único problema de la Rata es que el miserable era el rey de los cobardes y, por más dato que tuviera, necesitaba alguien dispuesto que fuera al frente con todo.

Al Pichi le prendió la idea como los foquitos de la Villa: era la oportunidad histórica de hacerse de unos buenos pesos sin demasiado desgaste. Lo planearon lo mejor que pudieron, analizando las ventajas y desventajas de la operación. La noche anterior al golpe, a la Rata lo internaron por una sobredosis, al punto de quedar disponible para una posible reencarnación. Con la Rata fuera de escena, tuvieron que redoblar las apuestas, pero la decisión estaba tomada así fueran dos.

A las dos de la madrugada, en diez minutos, estaban forzando la puerta del patio, la cual estaba protegida por una reja que sólo los demoró unos minutos más. Entraron sin dificultad, con el firme convencimiento de que conocían a los moradores como si fueran de la familia, y se encaminaron directo a la habitación matrimonial.

El Pichi se encargó del anciano, dejándole a él la pobre esposa que, cuando los vio, se le metió el pánico en los pulmones, dejándola unos segundos sin respiración alguna.

Los viejos rompieron en llanto suplicando misericordia a quienes la desconocían. A los empujones los llevaron hasta la habitación de la tercera integrante, la cual no podía manejarse sin ayuda. La pobre mujer, en un arrebato de desesperación, comenzó a gritar

hasta que el Pichi, de un puñetazo, le hizo tragar los gritos junto a los últimos dientes que le quedaban.

El espanto afloja el esfínter y en pocos minutos un olor nauseabundo inundó los perímetros del cuarto, provocando en el Pichi un arrebató de rabia a medio descontrolar, por el cual empezó a amenazarlos de todas las formas posibles.

Pablo, totalmente desbordado por la situación, intentaba mediar entre los ataques de su compañero y el terror de los ancianos, pidiéndoles que les dijeran dónde estaba el dinero y demás posesiones de valor.

Entre súplica y súplica, les entregaron lo que tenían, a cambio de que no les hicieran daño. Afuera la noche sin luna se mantenía al margen de lo que sucedía entre las paredes de la casa, mientras un viento fresco agitaba sin cesar las ventanas, incomodando aún más a sus habitantes.

Se hubieran ido con el botín, repitiendo el recorrido de la entrada, pero siempre hay un maldito “pero” que complica las situaciones. El Pichi, con un grado de excitación extra, sacó una bolsita para consumir antes de partir.

—¡Vamos, Pichi, lo hacemos después!

—¡Pará, viejo, no seas cagón, está todo bien!

—¡Pero Pichi, si la llevamos lindo!

—¡Y va a seguir así, es sólo un toquecito para festejar! ¡Date un saque y nos vamos!

Fue el comienzo del fin. Los ancianos cansados, acalambrados y asustados, comenzaron a llorar más fuerte, enloqueciéndolos a los dos. En cuestión de segundos, un puñal apareció en la escena y el vientre del hombre mayor se tiñó de rojo sangre. Un chorro de sangre endulzó el aire con su olor a muerte; el viejo empezó a tambalear, negándose a agonizar en tales circunstancias. Para asirse a la vida, su cuerpo, casi sin alma, se apoyó en los hombros aterrados de su compañera de cincuenta años de camino, quién lo agarró como pudo, sin entender que estaba pasando. Después le tocó a ella, quien trató de frenar el chorro que le brotó del vientre y le ahogó los aullidos de dolor.

Fue el comienzo del fin. La sangre llama a la sangre y, en medio del charco de agonías, puñalada va puñalada viene, los tres terminaron moribundos. Afuera la noche sin luna no entró a auxiliarlos y terminaron expirando peor que los toros en las plazas embravecidas, donde la muchedumbre enceguecida pide más tormentos para el animal que no puede morir aunque quiera.

Casi muertos, suplicando una misericordia que nunca les fue otorgada, fueron partiendo de a uno, tocándole a la mujer discapacitada el último lugar en la fila, como si la muerte se hubiera ensañado con ella, dejándola contemplar el horror del espectáculo.

Se fueron, dejando los cuerpos sin vida apilados en un rincón. En cuestión de horas, la policía estaba esposándolos, guiados por la cantidad de huellas en la escena del crimen.

Dejó de hablar, tomándose la cabeza con las dos manos.

— ¡Usted vino, para saber!

No pude emitir una sola palabra.

— ¡Ahora sabe la verdad! ¡Ya puede irse, que seguro quiere hacerlo!

— Pablo...

— ¡No se lo diga a mi vieja! ¡Por favor!

— Te lo prometo.

Tendió la vista hacia delante para mirarme tan hondo con sus ojos sin párpados que me temblaron las rodillas en un tiritar sin fin.

— Pablo, si escribo...

— ¡Mamá, no se va a enterar! No sabe leer y nadie le va a decir.

El alma se me achicó aún más.

— Pablo... lo del abogado. Para apelar por cadena perpetua en vez de reclusión...

— ¡No tengo esperanzas!

Unos segundos en silencio me dieron el tiempo necesario para armarme de valor para preguntarle:

—Puedo preguntarte...

—¿Si estoy arrepentido? ¡Usted no sabe cuánto! No hay un solo día de mi maldita y condenada vida que no piense en lo que hice.

—Disculpame...

—¡Daría todo y mucho más por cambiar las cosas, pero desgraciadamente no puedo!

Sentí que no iba a poder irme nunca, atornillada a la silla y a su tragedia.

Veinte y tantos años y no saldría jamás.

—¡Doña, tiene que irse! Tiene que seguir con su vida y no volver jamás.

—Pero si te trasladan...

—Doña, escriba y no regrese nunca. ¡Prométamelo, por favor!

No se lo pude prometer.

Se levantó de la silla, se acercó lentamente sin mirarme, me abrazó lo más fuerte que pudo y volvió a las sombras.

Me tomé unos segundos para secarme las lágrimas y acomodarme los huesos que me tambaleaban.

“Dios mío, ¡qué solos se quedan los presos!” La frase me martilló las sienes una y otra vez.

Me levanté y comencé a caminar; los pies me pesaban mil kilos cada uno.

A cada paso, el rostro de Elena se me hacía más claro.

¿Dónde iba a encontrar fuerzas para enfrentarla?

Tal vez mi abuela tenía razón y el secreto mejor guardado es el que se encierra en las páginas de un libro, a la vista de todos, pero al entendimiento de unos pocos por toda la eternidad.

FIN

Mamá

La noche es más azul por mi ventana
y la luna de plata casi se descuelga;
un aire de soledad me hiela el alma
y los ojos húmedos se me agrietan.

Es esta agonía de saberme aquí, solo,
jugando a las cartas con la Cenicienta;
cebándole mates al Lobo Feroz,
dibujando a Blancanieves entre dos rejas.

Es este dolor de saber que me lloras
con lágrimas de sangre, de tinta y de penas.

Es esta angustia sorda que me ahoga el pecho,
mientras de rodillas a la Virgen le rezas.

Es esta resignación de saberme muerto,
enterrado vivo entre cuatro rejas;
con el convencimiento desesperado y atroz
que moriste conmigo a la lectura de sentencia.

Mamá

Dime, ¿quién maldijo tu vientre?

Porque maldito nací, maldito y sin estrellas;
y cuando la droga me esperaba en la esquina,
me arrojé a sus brazos como a la novia más bella.

Es este dolor de pesar en tu espalda,
si apenas pueden sostenernos tus piernas;
en vez de llevarte sobre mis hombros
y hacer de tus años una vejez placentera.

Es esta angustia sorda que me ahoga el pecho

de saber que jamás caminaré las veredas,
subiré a un ómnibus o me sentaré en la plaza
a ver florecer los pimpollos en primavera.
Es saber que nunca sentirás el orgullo
de un hijo médico, albañil o poeta;
porque soy este monstruo que habita las sombras,
que ruega a la luna: ¡Que entre a mi celda!

Puede comunicarse con la autora a:
aliciaperessutti@gmail.com

Se terminó de imprimir en
Talleres Gráficos de Ediciones CC
Córdoba 419 - Villa Nueva, Pcia de Córdoba
Febrero de 2010
Tirada: 500 Ejemplares
IMPRESO EN ARGENTINA